

Ecós bíblicos en autores latinos cristianos: la representación del mar

M^a Teresa MUÑOZ GARCÍA DE ITURROSPE

El Mediterráneo, que permitió a la civilización avanzar desde Oriente hacia Occidente, tuvo luego un papel fundamental en la primera difusión del cristianismo. Pese a su falta de nombre propio en los textos bíblicos, el mar Mediterráneo ostenta en la Biblia una función física e histórica incuestionable. La peculiaridad de un mar que es potencia enriquecedora, pero a la vez amenazadora, del caos y del abismo permite un empleo típico de *mare*, de manera semejante al gran río, el Éufrates, frontera del territorio asignado por Dios a Israel.

El término más frecuente para designar nuestro mar es el general *hayyam/mare*,¹ dado que el contexto viene a ser siempre suficiente para indicar que el mar a que se hace referencia es el Mediterráneo (por ejemplo, Dt 11,24). El carácter absoluto indiscutible del mar se determina comúnmente con el atributo *gadol/magnum*, que siempre será más frecuente que ciertas expresiones acuñadas por los romanos, como por ejemplo *mare internum*. Ya en los primeros años del siglo VII, san Isidoro (*Etym.* 13, 16) nos explica con claridad, desde su perspectiva «didáctica» geográfica, tanto

1. «Mediterráneo» como término referido al mar no se encuentra en la *Vulgata*, salvo en la expresión que leemos en 2 Mac 8,35, «per mediterranea», donde hay que sobreentender «loca», «por el camino situado entre tierras», con idéntico significado en los geógrafos antiguos latinos como POMPONIO MELA (*Chorographia* 2, 88: «urbium de mediterraneis in tarraconensi clarissimae fuerunt Palantia et Numantia, nunc et Caesaraugusta»). Las diferentes denominaciones que en los textos bíblicos hallamos son veterotestamentarias. La ampliación más usual es *hayyam haggadol* (Nm 34,6.7; Jos 1,4; 15,47; 23,4; Ez 47,15.19.20), que pasa al latín, naturalmente, como *mare magnum*. Otros nombres que designan al Mediterráneo en sentido geográfico: *hayyam ha'aharon*, «el mar posterior u occidental, mare quod respicit ad Occidentem», *Vulg.* «mare nouissimum, occidentale»; *tiam-tiv sa sul-mu jam-si*, «el mar del sol que se acuesta»; *ouaz-oirit*, «el muy verde mar» para los egipcios; *yam pelistin, mare Palaestinarum* (Ex 23,31); *yam yafó*, «el mar de Jaffa» (2 Cr 2,16, 1 Esd 3,7).

mare magnum como *mediterraneum mare*². Con todo, las dudas entre los autores cristianos a la hora de denominar expresamente al *magnum mare* persisten largamente, de modo que, desde Sidonio Apolinar (*Carm.* 7, 527, panegírico de Avito, y *Ep.* 6, 12, 6) y Paulino de Périgueux (*De uita Martini* 5, 744, CSEL 16, p. 133) en el siglo V hasta la crónica de Fredegario en el siglo VIII, se suele emplear *Tyrrhenum mare* en el sentido de Mediterráneo, tal vez por una confusión entre los adjetivos *Tyrrhenus* y *terrenus*.³

Nuestra pretensión es mostrar una serie de textos latinos cristianos con presencia destacada de nuestro mar que incluyen preferentemente referencias a vicisitudes como tempestades, naufragios y travesías peligrosas, entre otros usos retóricos del mar por parte de la Iglesia.

Partiendo del primer capítulo del Génesis, «et uidit Deus quia bonum», san Ambrosio nos ofrece una descripción viva y sencilla del mar en el tercer discurso del *Exameron* (part. 3, 5). A lo largo de todo este *sermo*, el obispo de Milán diserta en torno a la creación divina del mar, desde una perspectiva positiva, sólo contrastada por dos episodios perturbadores, la tempestad calmada por la intervención de Jesús y el diluvio del Génesis, los cuales le sirven para ampliar su reflexión previa en torno a la omnipotencia del Creador.

La cuestión de la bondad utilitaria del mar había sido ya señalada por diversos Padres griegos, como Juan Crisóstomo, quien en su *Homilía sobre la Epístola a los Filipenses* afirmaba explícitamente que «Dios os ha dado el mar para la navegación, para que no os fatiguéis al viajar» (*Hom.* 10, PG 62, col. 262), Gregorio de Nacianzo⁴ y Orígenes.⁵ Pese a estos testimonios, se repiten mucho más los desarrollos del *topos* de la hostilidad y los peli-

2. «Mare magnum est quod ab occasi ex Oceano fluit et in meridiem uergit, deinde ad septentrionem tendit; quod inde magnum appellatur quia cetera maria in comparatione eius minora sunt; Iste est et Mediterraneus, quia per mediam terram usque ad orientem perfunditur, Europam et Africam et Asiam determinans». Los geógrafos latinos se refieren, casi sin excepción, al Mediterráneo con la forma más común *nostrum mare* (por ejemplo, POMP. MEL., *Chor.* 1, 7; 1, 25; 2, 1; 2, 8).

3. La lectura *Terrenum Mare* en FREDEG., *Chron.* 2, 50, 57, 58 y 3, 4 explica más fácilmente esta «confusión». Nótese las variantes *tyrreni* y *terreni*, que proporcionan diversos manuscritos de la *Vita Martini*, *loc. cit.*

4. *Disc.* 28, 27 (ed. P. GALLAY – M. JOURJON, SC 250, pp. 160-161), «(Dios) ha ordenado sobre la faz del agua que la tierra y el mar se ligen para sus servicios y sus intercambios y que estas cosas, de naturalezas tan diferentes, no sean nada más que uno en el interés del hombre».

5. *Contra Celso* 4, 76 (ed. M. BORRET, SC 136, pp. 374-375), «Dios, queriendo que la inteligencia humana se ejerza en todos los aspectos para no quedar ociosa e ignorante de las artes, ha creado al hombre indigente. (...) La necesidad de lo imprescindible ha obligado a transportar, por la navegación y el pilotaje, los productos de algunas regiones hacia aquellas que no los poseen».

gros del mar, suficientemente advertidos por varios pasajes bíblicos y tampoco ausentes de la tradición grecolatina pagana.⁶ Prov 31,14 y Ecl 11,1 hablan de la utilidad de la navegación pero también previenen de sus peligros, aún lejos de las más concretas argumentaciones críticas de, por ejemplo, san Agustín, quien considera al Mediterráneo como un instrumento de los perseguidores del cristianismo⁷ y el comercio marítimo como un resultado de la avaricia humana.⁸

Sal 107,23-30 nos presenta una primera descripción característica de una tormenta inesperada en alta mar —en un mar admirado poco antes por quienes embarcaron—, con la intervención de Yahvé para conseguir la vuelta al sosiego de la naturaleza, y con elementos menos formularios como el del barco como un borracho. Éste, uno de los elementos más coloristas de la descripción, adelanta la turbación de los marineros y sus súplicas al único que puede aplacar su adversidad,⁹ motivo que aparece en numerosas ocasiones en los autores cristianos, como en Paulino de Nola (*Carm.* 24), quien, tras adelantar con un sugestivo quiasmo que «bibit unda nauem, nauis undam conuiuit» (v. 111), indica que los *nauitae* están *inebriati* (v. 113). Esta situación se presenta a veces como anticipo de una posterior sumisión y aceptación de ese poder divino.

En la *Vita Martini* de Venancio Fortunato, compuesta en hexámetros, la desesperación («artis inops stupidus resilit de puppe magister, / stat undae, armatura cadit, fragor aequoris urguet, / prora bibit dum nauta uomit, perit ars, iacet usus, / spes fugit, ira premit, rapitur lux morsque minatur»

6. Así, las tormentas homéricas o los epitafios dedicados a naufragos, algunos de los cuales se reúnen en el artículo de M. GONZÁLEZ, «Epitafios de naufragos recogidos en la Antología Palatina», *MHA* 13-14 (1992-1993) 33-42. Entre los latinos, la cuestión se halla desde Ennio, quien (A. 145) alude a los peligros del oficio de los marineros, «nautis mari quaesentibus uitam». Cf. CAT. *De agri cultura* intr. 3: «mercatorum strenuum studiosumque rei quaerendae existimo; uerum, ut supra dixi, periculosus et calamitosus»; CIC. *Att.* 5, 12, 1: «negotium magnum est nauigare» (después de seis días de navegación, con viento demasiado frío, del Pireo a Zoster, de Ceos a Delos); *Att.* 16, 3, 4: «mouet etiam nauigationis labor, alienus non ab aetate solum nostra, uerum etiam a dignitate».

7. Cf. *En. in Psalm.* 88, 1, 10: «reliquae autem Gentes mare erant in amaritudine sterilitatis suae»; también en TERTULIANO, *Bapt.* 12, 7: «(nauicula ecclesiae) fluctibus, id est persecutionibus et temptationibus inquietetur». Sobre las opiniones manifiestamente negativas relativas al mar de san Agustín, cf. H. RONDET, «Le symbolisme de la mer chez Augustin», en *Augustinus Magister*, vol. 2 (Paris 1954) 691-701, completado por J. ROUGÉ, «Saint Augustin et la mer: rhétorique et réalité», *CH* 27 (1982) 45-56.

8. Cf. *En. in Psalm.* 49, 21; 123, 9; 128, 5; *Serm.* 335, 2; antecedentes de este tipo de condenas en PLIN., *Hist. Nat.* 2, 125; 19, 5-6.

9. «Turbati sunt et moti sicut ebrius». Una vez más, este símil en la Biblia, la imagen del borracho que parece estar sobre una tormenta, en Prov 23,34: «et eris sicut dormiens in medio mari, / et quasi sopitus gubernator, amisso clauo», con una introducción semejante.

[vv. 410-414]) es sustituida por la aceptación del Dios de los cristianos incluso por quienes aún dudan («dum trepidant omnes, Aegyptius haec ait unus, / qui nec dum Christi charismata senserat exsors: / “Martini deus, eripe nos”. Mox dira procella / conruit et pelagi tumor altus ad ima resedit...») [vv. 415-418,¹⁰ cf. Sulpic. Sev., *Dial.* 3, 14, 1-2]).

El breve libro de Jonás tuvo que resultar sumamente interesante a este respecto, ayudado por su carácter de relato lleno de sucesos maravillosos presentados con matices un tanto irónicos,¹¹ con una descripción bastante concreta de la tempestad que desencadena los hechos (Jon 1,4-5). Justamente Paulino Nolense se sirve, en su extenso *carmen* 24, de numerosas digresiones y comparaciones con las aventuras de Jonás en su periplo a Tarsis para contar el viaje de Martiniano desde Narbona a Nola, las cuales completan prácticamente el final de la primera parte, unos cuatrocientos versos, que conforman un relato *sensu stricto* del naufragio y rescate de Martiniano.¹² Esta narración versificada no está falta de bellas imágenes (como «mors nauis et pax aequoris», v. 96) ni de la asistencia divina (*fouente Deo*, v. 251). Inspirándose en este poema del obispo de Nola, Prudencio recrea con profusión de detalles el libro completo de Jonás como ejemplo de instigador al ayuno de los ninivitas, en *Cath.* 7, 101-175, himno en trímetros yámbicos donde el *exemplum* bíblico se presenta en cuadros épicos¹³ —hasta el verso 130, el episodio del pez, mientras que los versos 131-175 se dedican a la conversión y perdón para Nínive— que, en la parte referida a la escena del navío, no imita ningún verso de la *Eneida*, a pesar de su espíritu eminentemente épico, marcado por expresiones como *procellosum mare o ire per altum*.

10. El prefacio de este libro (*MGH, auct. antiquis.* 4,1, p. 294-295), dedicado a Inés y Rade-gunda, constituye un ejercicio retórico en el que, tras la descripción de un barco en peligro, espera el poeta que el mismo Martín «flatibus suis... mea uela iuuet» (v. 36).

11. Para la cuestión de la influencia de este pasaje en la literatura paleocristiana contamos con el trabajo de Y.-M. DUVAL, *Le livre de Jonas dans la littérature grecque et latine. Sources et influence du Commentaire sur Jonas de Saint Jérôme* (Paris 1973). En torno a lo maravilloso en relación con el libro de Jonás, cf. A. VACCARI, *Il genere letterario del libro di Giona in recenti pubblicazioni* (Roma 1961).

12. Contamos ya con un estudio de los elementos técnicos del poema a cargo de J. ROUGÉ, «Un drame maritime à la fin du v^e siècle: le voyage de Martinien de Narbonne à Nole», en *Mél. M. Labrousse* (Toulouse 1986) 93-103, donde el santo emplea un vocabulario técnico basado fundamentalmente en el texto virgiliano, pero con anotaciones personales no exentas de valor. Véase la valoración que de este *carmen*, un *iter Nolanum* con una segunda parte de un marcado tono de sermón, presenta J. FONTAINE, *Naissance de la poésie dans l'Occident chrétien* (Paris 1981) 165.

13. Auténtico *epyllion*, según J.L. CHARLET, *La création poétique dans le Cathemerinon de Prudence* (Paris 1982) 143.

Quizás sea la relativa parquedad de elementos marítimos en el Antiguo Testamento¹⁴ el principal factor que explica cómo en numerosos autores cristianos la realidad de los peligros del mar y de los viajes se continúa primordialmente desde el tratamiento evangélico y paulino. En efecto, en el Nuevo Testamento los episodios se alargan repitiendo las líneas generales de los veterotestamentarios, empezando por los milagros de Jesús, que, como Yahvé (Sal 65,8 y 89,10-11), es en el evangelio dueño del mar, aplacador de tormentas y caminante sobre sus aguas (Mt 8,23-27, Mc 4,35-41 y Lc 8,22-25), para concluir con las experiencias del más viajero de los apóstoles, san Pablo (Hch 27,1-44; el resumen de los tres naufragios de Pablo en 2 Cor 11,25, *ter naufragium feci, nocte et die in profundo maris fui*;¹⁵ y el relato del periplo del apóstol, de Éfeso a Mileto, Hch 20,1-15).¹⁶

Las vicisitudes del apóstol de Tarso en sus periplos son evocadas por autores cristianos, ya desde Cipriano de Cartago en su tratado *De mortalitate* 13, 204-207. Destacamos la referencia más prolija de Paulino de Nola en la extensa epístola a Macario (*Ep.* 49, 10-11),¹⁷ dedicada a la historia de un viejo marinero a quien dejan por olvido abandonado solo en el barco durante veintitrés días en medio de una tempestad invernal en Cerdeña, «*diversis maris hospes (...) inter fluctus et beluas maris in uago erraticae nauis hospitio ieiuniis senio timore confectus*» (*ibid.* 7). Es el episodio de Valgio,¹⁸ luego bautizado cristianamente como Víctor, pues «*in mari de*

14. Otras tempestades señaladas en el Antiguo Testamento son asimismo muy lacónicas: 1 Re 22,49-50, «*et ire non potuerunt, quia confractae sunt in Asiongaber*». Con semejantes términos, 2 Cr 20,35-37.

15. Sal 67,23, pese a la brevedad de su referencia al naufragio, contiene la expresión «*conuertam in profundum maris*», que parece haber servido a SAN AGUSTÍN para evocar por lo menos un suceso de uno de los viajes de santa Mónica, *Conf.* 6, 1, 1, «*et ueneram in profundum maris*».

16. El estudio de los viajes de san Pablo, desde una perspectiva de historia de la ciencia marítima y del conocimiento de las técnicas de marinería en la Antigüedad ha dado lugar a una fructífera bibliografía. Así, J. SMITH, *The Voyage and Shipwreck of St. Paul* (London 1880); W. RAMSAY, *St. Paul, the Traveller and the Roman Citizen* (London 1908); J. ROUGÉ, «*Le voyage de Saint Paul en Occident*», *CH* 12 (1967) 237-247; *id.*, «*Actes 27, 1-10*», *VigChr* 14 (1960) 193-203; O. MUSSO, «*Atti degli Apostoli 27,17 a tecnica marinaria*», *QC* 9 (1987) 215-217, completado por F. FOERSTER, «*Comentario náutico (relativo a Hch 27,17)*», *ibid.*, 219-221.

17. «*Illa, de qua fugitium prophetam ultor et cetus exceptit, eatenus huic nauis comparari potest, quatenus ante sortem periclitata est; tertia uero nauis exemplo meo congrui huic, quod apostolum et martyrem uexit propterque ipsum et in ipso Christum recepit, uel cum illi totam periturae nauis multitudinem redonauit*» (cf. *ibid.*, 11, «*ipse apostoli deus adfuit gubernator*»). En torno a la información técnica de estos escritos, J. ROUGÉ, «*Periculum maris et transports de l'État: la lettre 49 de Paulin de Nole*», en *Scritti in onore di S. Calderone II* (Messina 1989) 119-136.

18. En torno a este texto, y en particular a algunos tecnicismos, cf. F. FOERSTER - R. PASCUAL et al., *El naufragio de Valgus. Comentarios a la parte náutica de la epístola 49 de San Paulino de Nola* (Barcelona 1985).

tempestatibus atque naufragio per adiutorium Christi et nuper in terra per eiusdem gratiam de peccatis et diabolo triumphauit». No falta el *topos* de Dios como un «gubernator nauis», donde incluso se nos apostilla «sicut nautico usu dicitur» (*ibíd.* 3),¹⁹ como tampoco la oración imprescindible del náufrago, mediante la que el pobre marinero pretende que Dios, «saluator deus terra marique», le escuche, «saluum me fac, deus, quoniam intrauerunt aquae usque ad animam meam», y la inmediata respuesta divina, formadas por una larga *contaminatio* de catorce versículos salmódicos (*ibíd.* 5).

El mismo Paulino de Nola hace referencia en uno de sus *carmina* a su salida de Burdeos para ir junto al santuario de san Félix, con un desprecio personal de los peligros de tierra y mar (*Carm.* 23, 241-244) «...dudum coepi pars esse tuorum / quos ego nos patriae telluris amore secutus, / sed desiderio, quo me tibi, sante, dicaram / per maris et terrae contempta pericula ueni.»

Un testimonio más, asimismo precioso, de estos riesgos reales parte de la dura experiencia sufrida por Sático, hermano de san Ambrosio, aproximadamente un año antes de su muerte, en 378, evocado con patetismo por éste en *De excessu fratris* (especialmente en 1, 26-27 y 48-50), con un sentimiento doloroso continuo que se sirve de las imágenes del naufragio como premonición de la muerte terrenal (*ibíd.* 27) y de la tempestad y de la calma que se alternan en el mar como índices de la indignación o serenidad de Dios (*ibíd.* 45). Esta utilidad del mar y sus inseparables peligros con un sentido exclusivamente metafórico sobresale en el comentario del mismo san Ambrosio a los versículos referidos a la tempestad apaciguada por Jesús, texto donde sobresale una puesta en escena afectada (*In Lucam* 4, 3),²⁰ que termina identificando al mar con el mundo inclemente, según ya lo había hecho Tertuliano en *Bap.* 12, 7, «in mari, id est in saeculo».²¹

Muy frecuentes son, por otra parte, las recreaciones de esta tempestad evangélica —donde según Avito, *Hom. 6 in Rogationibus* (MGH, *auct. anti-*

19. Más adelante, prácticamente al final del relato del naufragio de Valgio, *ibíd.*, 11, «ipse apostoli deus adfuit gubernator».

20. «Figmentis enim poeticis fabula coloratur, ut quaedam puellae scopuloso in litore maris habitasse prodantur, quae si quos deflectere nauigium propter aurium suauitatem dulci uoce pepulissent, in uada caeca deductos et infida statione deceptos naufragii miserabilis sorte consumerent. Compositum hoc specie et ambitiosa comparatione fucatum est, ut mare, uox feminae, litora uadosa fingantur. Quod autem mare abruptius quam saeculum tam infidum, tam mobile, tam profundum, tam inmundorum spirituum flatibus procellosum?»

21. También AUG., *En. in Psalm.* 64, 9: «Mare enim in figura dicitur saeculum hoc, salsitate amarum, procellis turbulentum»; cf. *ibíd.*, 67, 31, «ibi conuertit eos qui in profundo huius saeculi iacent demersi pondere peccatorum» (cf. *supra*, nota 15).

qu., 6, 2, p. 112, 5-11), se plantea la utilidad de la *supplicatio*—, caracterizadas en la mayoría de los casos por su deuda, más o menos directa, a la tempestad poética y literaria por excelencia, la virgiliana.²² Se cristianizan los modelos establecidos por Homero y Virgilio con la elección de pasajes bíblicos. La tempestad se origina por la cólera de Dios (de un dios) y se apacigua por su determinante intervención.²³ Así, en su *Apotheosis*, Prudencio consagra un apartado de 22 versos al milagro de Jesús, el primero de los que incluye como *exemplum*. Con esta base escriturística, el poeta hispano incluye numerosos retazos de la tempestad del libro primero de la *Eneida*,²⁴ renovados por una visión expresamente detallada. Los «luctantes uentos» de Virgilio (*Aen.* 1, 53) pasan en Prudencio a «uideo... uentos... uideo luctantia... aequora» (*Apoth.* 650-652).²⁵ La mitología es sustituida por el elemento bíblico, pues la divinidad que da las órdenes desde el primer momento ya no es ni Eolo ni Neptuno, sino Cristo,²⁶ con la variante «inrepat», deudora de Lc 8,24, «inrepaui... et cessauit». Otro ligero cambio afecta al pasaje de Mc 4,39, «dixit mari: tace, obmutesce», donde Prudencio opta por insertar otros dos imperativos, «ite, silete» (*Apoth.* 658), seguramente siguiendo a Virgilio (*Aen.* 1, 164), como cuando incluye al final de la tempestad «aequora tuta silent» recurriendo al episodio homérico del hombre que manda guardar silencio a las Furias (*Apoth.* 668-669).

En el libro segundo, la primera epopeya cristiana en hexámetros, Juvenco (2, 25-43) describe cómo va a la deriva la barca de Jesús y cómo

22. Determinada por la acumulación de perturbaciones que dan lugar a la tempestad, tan del gusto de los antiguos que ya SENECA (*Nat. Quaest.* 5, 16, 2) llega a denunciar el abuso que los poetas hacían de el modelo de VIRGILIO, poniendo como ejemplo *Aen.* 1, 85-86.

23. Una variante clásica, asimismo modélica, nos la proporciona LUCANO, quien en *Pharsalia* 5, 376ss muestra la réplica de César a un asustado piloto ante una tempestad ciclónica, exigiendo calma justamente por la presencia del *princeps*. Así, 5, 377: «"sperne minas" inquit "pelagi uentoque furenti / trade sinum"»; o más adelante, 5, 583-588, «medias prerrumpe procellas / tutella secura mea. Caeli isti fretique / non puppis nostrae labor est. Hanc Caesare pressa / a fluctu defendet onus. Nec longa furori / uentorum saeuo dabitur mora: proderit undis / ista ratis», pasaje que no es sino una *amplificatio* retórica de la famosa sentencia de DION CASIO, 41, 46, «ne time, Caesarem uehis».

24. Los lectores cristianos de la *Eneida* mostraban un especial gusto por su primer libro. AGUSTÍN DE HIPONA se refiere directamente a su lectura en uno de sus días de estancia en Cassiciacum, *Contra academicos* 1, 5, 15: «disputare coeperamus sole iam in occasum declinante diesque paene totos cum in rebus rusticis ordinandis tum in recensione primi libri Virgilio peractus fuit».

25. P. COURCELLE, *Lecteurs païens et lecteurs chrétiens de L'Énéide*. 1. *Les témoignages littéraires* (Paris 1984) 39, nota 132, ha detallado las reminiscencias y ecos virgilianos presentes en parte de este texto de Prudencio.

26. Según el versículo de Mt 8,26. Cf. AMBR., *Ex.* 3, 9, 36E, *cit. supra*, y PAUL. NOL., *Carm.* 24, 355, «pacem procellis imperat».

éste camina sobre las olas, aplicando muy parcialmente las tempestades virgilianas: «conscendunt nauem uentoque inflata tumescunt / uela suo, fluctuque uolat stridente carina. / *Postquam altum tenuit* (Aen. 3, 192) puppis, consurgere in iras / pontus et inmissis hinc inde tumescere uentis / instat et ad caelum rabidos sustollere montes; / et nunc mole ferit puppim nunc turbine proram / inlisosque super laterum tabulata receptant / fluctus disiectoque *aperitur terra* (Aen. 1, 107) profundo / ... Inde procellis / imperat²⁷ [sc. Christus] et *placidam* sternit super aequora pacem» (Aen 1, 249). Se subrayan los poderes sobrenaturales de Jesucristo, comentados «timidis conloquiis» por los apóstoles, lo que prolonga además el tono de la epopeya virgiliana. Estos «imperium» y «permissa potestas»²⁸ de Juvenco quedan situados en una dimensión cósmica, lejos del apego a los auspicios y a la interpretación de los astros que, como actos obligados antes de una travesía, muestra Minucio Félix en el precursor diálogo *Octavius*, 17, 6, 4: «reliquenda uero astrologis prolixior de sideribus oratio, uel quod regant cursum nauigandi».²⁹

Más próxima al pasaje virgiliano referido a Neptuno aplacador de los vientos resulta la versión de Sedulio, el poeta épico bíblico más popular hasta el Renacimiento, en su *Paschale Carmen* 3, 62-63, «Exurgens Dominus ualidis mitescere uentis / imperat et dicto citius tumida aequora placat» (Aen. 1, 141; cf. Aen. 1, 146, «temperat aequor»), que dedica a la tempestad evangélica veinticuatro hexámetros (*Pasch. carm.* 3, 46-69), frente a la brevedad y concisión de Ambrosio (*Ex.* 3, 9, 36E), quien en una sentencia resume la situación de peligro que hace desencadenar una reacción apaciguadora e inmediata en Jesús: «trepidarent apostoli naufragii periculum... sedata tempestas est, refusa tranquillitas».³⁰

También la noble romana Proba, para su descripción de esta misma tempestad, se sirve ampliamente en su centón (vv. 531-565) de la desencadenada en la *Eneida* por la ira de Juno.³¹ Algunos hexámetros tomados de

27. Cf. PAUL. NOL., *Carm.* 24, 355 (cit. n. 26)-360.

28. Advertimos una cláusula final idéntica en Aen. 9, 97.

29. Además, *Oct.* 26, 4, 2: «Gaius Caesar, ne ante brumam in Africam nauigia transmitteret, auguriis et auspiciis renitentibus spreuit: eo facilius et nauigauit et uicit».

30. Del mismo AMBROSIO DE MILÁN, *De excessu fratris* 1, 45, 7-8, «(mare) sedatum atque tranquillum por Dios»; además, AUG., *Conf.* 8, 3, 7, «tranquillatur caelum et mare, et exultant nimis, quoniam timuerant nimis».

31. El obispo africano FULGENCIO, gramático y mitógrafo bajo la dominación bárbara, considera en *Virgiliana continentia* (ed. R. HELM [Stuttgart 1970], p. 91, 6), desde un punto de vista neoplatonizante, que el naufragio provocado con la ayuda de Eolo por Juno, diosa de los nacimientos, designa la caída del hombre en los peligros del mundo: «Naufragium posuimus in modum periculosae natiuitatis. In qua necessitate uniuersaliter humanum uoluit genus. Nam ut euidentius hoc intellegas, a Iunone, quae dea partus est, hoc naufragium generatur».

la epopeya virgiliana son «eripiunt subito nubes caelumque diemque» (v. 537, cf. *Aen.* 1, 88),³² «Spemque metumque inter dubii, seu uiuere credant / siue extrema pati» (vv. 542-543, cf. *Aen.* 1, 218-219), no faltando cláusulas finales como «fluctus ad sidera tollunt» (v. 538, cf. *Aen.* 1, 103) o iniciales como «collectasque fugat nubes» (v. 555, cf. *Aen.* 1, 143). Una vez más, el feliz ejecutor del final de esta tormenta en la que los vientos han sido sustituidos por nubes amenazadoras de lluvia (*ibíd.* 555, «collectasque fugat nubes» —el más destacado cambio del centón con respecto a su modelo, *Aen.* 1, 124-125— no es Neptuno, sino Dios, «ecce deus magno misceri murmure pontum / emissamque hiemem sensit» (cento 545-546).³³

La descripción de Gregorio Turonense de una tempestad ciclónica, *In gloria martyrum* 75 (*MGH, Script. rer. merov.* 1, 2, p. 538, 33ss), muestra asimismo algunos elementos del primer libro del *epos* virgiliano (en particular *Aen.* 1, 103-106): «Subito tempestas exorta fluctus tollit ad sidera; surgunt undarum montes; et nunc puppis nauculae, prora dehiscente (*Aen.* 1, 104-106), fertur in altum, nunc iterum, dimersa puppi, prora tollitur in sublimi. Turbantur nautae et nihil aliud uisi sola mors in periculo praestolatur».³⁴ La fuerza que imprimen estas imágenes hubo de ser tenida en cuenta ya en el siglo XII por el monje Conrado Brunwilarensis para su descripción de la tempestad en el Rin en la *Vita S. Wolfhelmi*, 30, (*MGH, SS* 12, p. 192, 1), donde la cita de Virgilio es *ad uerbum*: «Repente intolerabili exorta tempestate, rupta quies Rheni ab imis sedibus perturbatur undaeque in se redundantes ad instar prominentium rupium capitibus imminere uidebantur in nauis residentium. Sicque nauis huc illicque uagis dilabitur undis, et nunc summo in fluctu pendens, nunc unda dehiscens terram inter fluctus aperit (*Aen.* 1, 106-107), turbatisque nautis prae pauore mortis, sonus haesit in gutture uocis».

San Ambrosio también reutiliza alguna de las expresiones virgilianas descriptoras de los efectos de una tempestad altamente sobrenatural pero, al mismo tiempo, habitual y próxima tanto al autor como a su público (*Ex.* 3, 2, 10): «Nonne ipsi uidemus mare frequenter undosum, ita ut in altum

32. Este mismo pasaje de la tormenta en el mar, con los gritos de los hombres mezclados con la estridencia de los golpes de los cables del barco por los vientos, que se disponen a desencadenar la tormenta, es evocado por PAULINO DE PÉRIGUEUX en su *Vita Martini* 5, 758 (o. c., 135), «uela cadunt, resonant tremulo stridore rudentes».

33. Incluso los flancos rotos del barco de Eneas le valen a Proba para describir cómo las piedras del Santo Sepulcro se rompieron y luego se abrieron por efecto de un temblor de tierra: «saxa uident, laxis laterum compagibus artis» (*ibíd.*, 654, cf. *Aen.* 1, 122).

34. Cf. GREG. TUR., *In gloria confessorum* 18, *MGH, script. rer. merov.* 1, p. 758, 12: «discedunt pluuiiae, ac uenti cuncta turbine perflant» (cf. *Aen.* 1, 82-83); *ibíd.*, 1, 83, p. 545, 3: «nec mora flante Notho insequitur clamor uirorum strepitusque mulierum... Oritur contra nos magna tempestas coepitque cebris ignibus micare coelum».

fluctus eius tamquam *mons aquae praeruptus* insurgat?» (cf. *Aen.* 1, 105). La misma cláusula la advertimos en Paulino de Nola cuando, en *Carm.* 27, 523, pretende recrear el milagro narrado en Jos 3,15ss: «et ualidus qua fonte ruebat / impetus adstrictas alte cumulauerat *undas* / et tremula conpage minax *pendebat aquae mons*» (*Aen.* 1, 105-106).

En el momento de mayor peligro, Eneas levantaba sus palmas hacia el cielo, escena que necesariamente debe haber sido elegida por diversos autores cristianos a la hora de reproducir sus súplicas hacia el creador del mar y de la tierra, tras las cuales la «quies» sólo es debida a la complacencia divina. Entre otros testimonios podemos señalar el de Coripo, *Iohannis* 1, 282 (*MGH, auct. antiquis.*, 3, p. 9), donde, a propósito de una tempestad entre Sicilia y África, mantiene un innegable tono virgiliano, «ingemuit ductor mentemque ad sidera tristis / erigit»; y el de Gregorio de Tours, *De uirtutibus Martini* 1, 9: «Cum beatus Baudenus episcopus Turonicae ciuitatis in uilla nauigio subuehente transiret, subito adueniente cum uiolentia uenti nimbo teterrimo, mare placidum commouetur impulsu flaminis, nauis undarum mole turbatur. Tollitur caput primum in fluctus, secundum declinatur inter undarum hiatus. [...] Tunc *resolutis* timore *membris* prosternitur senior in oratione cum lacrimis et geminas *tendens palmas ad astra*» (cf. *Aen.* 1, 92-93).

A partir del pasaje que trata de la tormenta surgida después de que el héroe Eneas abandonó Creta en dirección hacia el norte (*Aen.* 3, 192ss, a su vez imitación de *Odisea* 12, 405ss), Jerónimo de Estridón cuenta, en el año 375 (*Ep. ad Rufinum* 3, 3), cómo discurrió el ciclón que lo separó a él mismo de Rufino y le llevó a seguir peregrinaciones lejanas en su viaje a Oriente. En esta ocasión cambia el orden de los versos de Virgilio y cita el primero con una leve inexactitud, optando por un final de hexámetro de una secuencia muy semejante del libro quinto de la *Eneida*: «postquam me a tuo latere subitus turbo conuoluit, postquam glutino caritatis haerentem inopia distraxit auulsio, *tunc mihi caeruleus supra caput astitit imber* (*Aen.* 3, 194), *tunc maria undique et undique caelum*» (*Aen.* 5, 9; cf. 3, 193).³⁵ También en su comentario *In Nahum* 2 (CC 76A, p. 541, 6), san Jerónimo se vale del motivo del naufragio para reforzar una explicación de su situación personal, pero recordándonos la situación de ambos puntos, Escila del lado derecho, Caribdis al izquierdo: «necessitate compellor quasi inter saxa et scopulos, imminente naufragio, sic inter historiam et allegoriam orationis meae cūsum flectere et, ne subito impingat,³⁶ attendere. Siqui-

35. Asimismo en PAUL. NOL., *Ep.* 49, 2, «uacua omnia, mare undique et undique caelum uidet».

36. Cf. HIER. *Ep.* 57, 12, 2, «egredientes de portu statim impigimus», con idéntico sentido metafórico de «fracasar».

dem iuxta fabulas poetarum, "Scylla latus dextrum, laeuum *implacata* Charybdis / *obsidet* (cf. *Aen.* 3, 420-421)", si saxa fugimus, incurrimus in profundum; si contortos uertices euitamus, in saxa deferimur». ³⁷ Precisamente una referencia a la muerte como algo tan inevitable como un naufragio en Escila y Caribdis se lee tras el interrogante «quid uelut naufragos scopulos perhorrescis?» en la *Vita Epiphani* 192 de Ennodio.

Además del influjo virgiliano no debiéramos descuidar otros clichés clásicos coincidentes con algún episodio evangélico, como el de la «iactata nauis» (así, Hor., *Carm.* 1, 32, 7), ³⁸ que leemos en la versión *Vulgata* en Mt 14,24 («nauicula autem in medio mari iactabatur fluctibus»), y que Prudencio recrea en *Cath.* 9, 49-51: «Ambulat per stagna ponti, summa calcat fluctuum; / mobilis liquor profundi pendulam praestat uiam, / nec fatiscit unda sanctis pressa sub uestigiis».

Son de más simple factura los testimonios, más tardíos, que aportan los martirologios en aquellos episodios en los que el santo es arrojado al mar y sacado de allí por algún buen cristiano que le da sepultura sagrada. Para ilustrarnos en esta dirección, nótese el de san Vicente de Valencia, ³⁹ aportado por Rabano Mauro en su *Martyrologium* (ed. J. Mc Culloch, *CCL, cont. med.* 44, p. 16): «postea corpus eius in mare mitti praecipitur, sed inmissum celerius post fluctus Deo uolente ad litus reducit, quod religiosa quaedam uidua nomine Ionicae sepulturae primum tradidit, Christo triumphum eius miraculis probante». Siguiendo este patrón, se arroja a san Nicomedes al Tíber (*l. c.*, p. 57), a san Calixto a un pozo (*l. c.*, p. 104) y a San Hilarión por el precipicio de un monte (*l. c.*, p. 105, «Alexander imperator praecepit eum per montem praecipitari»). Una de las historias que más tradición comporta es la del papa Clemente, donde se explica cómo después de ser mandado al exilio al Ponto por Trajano, y debido a las muchas conversiones que se dieron allí por sus milagros, «praecipitatus est ad mare ligata ad collum anchora, sed recessit mare orantibus discipulis

37. El mismo Jerónimo, en su narración del viaje de santa Paula a Tierra Santa (*Ep.* 108, 7), nos ofrece una descripción del estrecho de Escila y Caribdis, con más de una evocación virgiliana y con una cita expresa: «inter Scyllam et Charybdis Adriatico se credens (*Aen.* 6, 15) pelago, quasi per stagnum uenit Methonem, ibique refocilato paululum corpusculo, *Et sale labentis artus in litore ponens* (*Aen.* 1, 173) / per Maleam, et Cytheram, "sparsas per aequor / Cycladas, et crebris... freta concita terris" (*Aen.* 3, 126-127) / post Rhodum et Lyciam, tandem uidit Cyprum».

38. Otros testimonios en el tratado clásico de E. DE SAINT DENIS, *Le rôle de la mer dans la poésie latine* (Paris 1935) 290 y *passim*.

39. Justamente el tratamiento de los motivos marítimos en los *sermones y passiones* dedicados a este santo es fundamental para deslindar su procedencia, como explica F.J. TOVAR PAZ, «Sentido de las *Passiones* hispanas sub Datiano praeside», en *Daimones, Semidioses y Héroes, 1º Encuentro-Coloquio de la Asociación A.R.Y.S.* (Madrid 1992) 443-444 y 456, nota 51.

eius per tria milia, et inuenerunt corpus in arce saxaea in templo marmoreo et anchoram iuxta» (*l. c.*, p. 120).

Los más antiguos autores cristianos extienden ya el más adelante fecundo tópico del naufragio de la fe, sin duda evocando el pasaje paulino de 1 Tim 1,19. Son, a este respecto, claros los testimonios que proporciona Tertuliano en *Idol.* 11, «qui circa fidem naufragium sunt passi, quidam repellentes, circa fidem naufragauerunt», y en *Pud.* 13, 20, donde llama «naufragi erga fidem» a los herejes que no conocen el «solacium nauis ecclesiae». ⁴⁰ De la misma manera, Cipriano de Cartago hace referencia en *Ep.* 59, 6 a los «ecclesiae naufragia», y en *Ep.* 52, 1 trata de los «naufragi ueritatis et fidei». ⁴¹ En todos estos escritos se halla perfectamente insertado el *topos* clásico de la «nauis rei publicae» en la tradición bíblica, conformando una de las más frecuentes y antiguas metáforas más del gusto del cristianismo. El mismo san Cipriano la alarga un tanto en *Ep.* 30, 2, 1: «nauis ecclesiasticae salutis». ⁴² Avito de Vienne la incluye justo tras una interpretación personal del pasaje de la tempestad evangélica, *Hom. 6 in Rogationibus* (*op. cit.*, p. 112, 12), «Ecclesia est nauis quae nos per uarios casus uelut inter marinos gurgites ducit», a la vez que incorpora más adelante una variante metonímica clásica perfectamente cristianizada, «pupis ueritatis».

Continuando estos empleos específicos de símiles marítimos, san Ambrosio ataca a los herejes y reivindica el valor de guía de los «gubernatores ecclesiae» en *De fide* 1, 6, 46, 27, «Itaque tamquam boni gubernatores, quo tutius praetermeare possimus, fidei uela tendamus scripturamque relegamus ordinem», siguiendo la pauta de Lactancio, quien se sirve del símil para demostrar la unidad de Dios como organizadora del mundo (*Ira* 11, 2): «Non possunt in nauis una multi esse gubernatores». Es sabido que Jesucristo es identificado muy a menudo con un «magister o gubernator nauis», ⁴³ como explica Agustín de Hipona en el *Sermo ad catechumenos de*

40. Según H. RAHNER, *Symbole der Kirche* (Salzburg 1964) 441-450, estas argumentaciones de Tertuliano siguen elementos de la catequesis bautismal primitiva (cf. *Bapt.* 12, 7 [*cit. supra*] y *Aen.* 52, «nihilò refert integram abire corporis nauem an dissipatam, dum animae nauigatio euertatur»).

41. El obispo africano OPTATO escribe, en el siglo IV, en un tratado antidonatista que los cristianos han de saber que el *baptisma singulare* es «innocentiae portus y peccatorum naufragius» (*Contra Parmenianum Donatistam* 4, 1; ed. C. ZIWSA, *CSEL* 26, p. 121, 18-21). Cf. *CYPR.*, *Test.* 3, 61; *AMBR.*, *Psal.* 36, 28, «innocentiae uirtutisque naufragium».

42. Todo el párrafo ofrece la metáfora de la nave que impide el curso inestable de la vida humana y los yerros del hombre que «nauem ecclesiasticae salutis inlidat in scopulos».

43. Sobre la figura del «gubernator nauis» en la tradición literaria y en el derecho greco-romanos, véase el amplio estudio de C.M. MOSCHETTI, «Il gubernator nauis», *SDHI* 30 (1964) 50-113.

cataclysmo (PL 40, c. 693, 1): «frequenter etiam Christus inuocetur gubernator, ut nauem tantis periculis ereptam ad portum securitatis ipse perducat». El final de esta comparación es claramente deudor del «portus uoluntatis» de *Sal* 107, 30, base de infinidad de expresiones —ciertamente no faltas de antecedentes paganos—⁴⁴ presentes con ligeras variantes en numerosos textos cristianos,⁴⁵ deslindadas en la identificación absoluta de «portus» y «salus» en Paulino de Nola (*Carm.* 24, 67).⁴⁶ Ahora bien, esporádicamente el «portus securitatis» no es otro que el propio mar, como en san Ambrosio (*Ex.* 3, 23, l. 20). O es un lugar de destino inesperado pero providencial, como en san Jerónimo (*Ep.* 3, 3), cuando reproduce dos versos del viaje de Eneas (*cit. supra*) para resumir su agitado viaje del año 374 hasta Siria, «fidissimus portus naufrago».

San Agustín recuerda en otra ocasión su rechazo personal de la herencia de un «naucularius» llamado Bonifacio por temor (*Serm.* 355, 5), jugando con el sentido metafórico, bien conocido para los receptores del sermón. A la sentencia breve y efectiva, «nauculariam nolui esse ecclesiam Christi», sigue su reflexión —que pasa a tomar la primera persona del plural— sobre el peligro que acecha a los hombres expuestos al comercio marítimo.⁴⁷

A la vista de todos estos testimonios podemos concluir que tanto la Biblia como la literatura cristiana recurren con frecuencia al simbolismo del agua y del mar para explicar importantes realidades de la vida espiritual, habida cuenta de que el agua es, desde el Génesis, un elemento sagrado como fuente de vida, pero también como instrumento de muerte. El diluvio o la travesía del Mar Rojo confirmaron a Dios como soberano de los mares y de las aguas (poder que también posee Jesucristo), lo que se recuerda en gran parte de los relatos de tormentas y de naufragios. Las imágenes que llenan estos textos pretenden a menudo ser una expresión poetizante más de la victoria de Dios sobre las fuerzas malignas (*Is* 50,3; *Nah* 1,4), confirmada en el juicio final, donde se indica que el cielo y la tie-

44. Así, SEN., *Clem.* 12 (11), 9, 7, «in hoc tam procelloso ... mari nauigantibus nullus portus nisi mortis est»; HOMER. 57, «reddamus ... *Chryseida patri, si uolumus ... portus intrare salutis*».

45. Cf. *Martyrologium* de RABANO MAURO, o. c., 111, «sed gubernante Domino martyrem suum ubi Christus uoluit ad portum salutis perduxit»; en la liturgia cristiana antigua, *Sacram. Gelas.* 2, 56, «portum salutis adprehendere»; MAX. TAUR., *Serm.* 38, 2M; en los Concilios visigóticos de Toledo, Conc. 16, 488, 44ss, «ecclesiae Dei nauem ... ad consummatae salutis portum incolumem perducamus» (cf. 8, 269, 8, «ducito nos in portum»; con un sentido cercano, TERT., *Paen.* 4, «in portum diuinae clementiae protelabit»).

47. «Multi sunt quidem qui etiam de nauibus acquirunt. Tamen una temptatio si esset, si iret nauis et naufragaret, homines ad tormenta daturi eramus, ut de submersione nauis secundum consuetudinem quaeretur, et torqueretur a iudice qui essent de fluctibus».

rra se renovarían, pero no así el mar que, convertido en símbolo del mal, ya no existirá (por ejemplo, Ap 21,1).⁴⁸ Frente a estos principios, nuestros autores latinos cristianos nos acercan a otras imágenes, como la del humilde cristiano devoto cual barco expuesto a todos los peligros y que alcanza su alivio en Dios, recogida con elementos retóricos, por ejemplo, por Valerio del Bierzo: «Tamquam nauicula procellosis fluctibus quassata, desideratum tandem penetrat portum; ita ego indignus uelut de monumento sepulcro suscitatus, aut ab infernali tenebroso carcere eiectus, preclaram post tenebras perfruens lucem, Omnipotenti Domino immensas non desino agere grates» (*Vita Fructuosi* 17).⁴⁹ El simbolismo de la nave de la Iglesia, muy del gusto de los autores cristianos, proporciona variantes que en ocasiones se separan un tanto de la base bíblica con la introducción de elementos propios de la tradición literaria grecolatina, la cual presentaba a menudo a sus dirigentes como «gubernatores» de la «nauis rei publicae». El *Exameron* ambrosiano, fundamental para el conocimiento de la actitud cristiana frente al mar, va más allá de la mera comparación de la Iglesia con el mar, «haec est ecclesia, quae super maria fundata est et super flumina praeparata» (Ex 3,6), motivo cuya divulgación en su época queda reconocida más adelante, «unde bene mari plerunque comparatur ecclesia» (*ibíd.* 23), justo en el final de este *sermo* en torno a la bondad «ab origine» del mar.

48. Este carácter negativo del mar se apuntaba en los episodios sobre el dragón del mar (Is 27,1), la identificación en el cántico de Jonás de las aguas profundas con el reino de la muerte (Jon 2,3-7), y se explicita y desarrolla en Ap 13,1-2, donde el Dragón (identificado con Satán) transmite su potencia a una bestia surgida del mar.

49. En el mismo sentido, por ejemplo, ENNODIO, *Vita Epifani* 192, «quid uelut naufragos scopulos perhorrescis?», seguido de una referencia a la muerte como algo tan inevitable como un naufragio en Escila y Caribdis.